Todos esperaban junto al limón

El limón de cartón llevaba tres veranos colgado del puesto de frutas. Ofelia lo había pintado de amarillo para que los clientes encontraran su toldo entre los demás. Era grande como una almohada y tenía una hoja verde que Mauro había recortado demasiado puntiaguda.

—Parece un limón con ganas de pinchar a alguien —decía él.

—Mientras se vea desde la plaza, me sirve.

Un martes, el vecino del tercero quedó con su prima «junto al limón». La prima llegó, se saludaron y se fueron. Ninguno compró fruta. Ofelia apenas reparó en ellos.

Al día siguiente hubo otra cita. El viernes, cuatro. Para el lunes siguiente, la expresión ya no necesitaba explicación. «Te espero junto al limón» era más fácil de decir que «en la esquina del puesto de Ofelia, frente al banco largo».

El primer problema apareció cuando Inés se plantó bajo el dibujo con una carpeta contra el pecho. Buscaba a su sobrina, que debía llevarle unas entradas. Esperó unos minutos, miró hacia los dos extremos de la plaza y se acercó a Mauro.

—Si viene una chica con mochila verde, dile que entro un momento a la biblioteca.

—Estoy atendiendo, señora Inés.

—Solo tienes que decirle eso.

Mauro tenía una bolsa de mandarinas en la balanza y a una clienta esperando el precio. Inés volvió a repetir el mensaje, esta vez más despacio, como si se lo estuviera dictando. Mauro la escuchó para no parecer descortés.

Cuando la sobrina apareció, la clienta seguía delante de la balanza.

—¿Ha visto a mi tía? —preguntó la muchacha.

—A la biblioteca —dijo Mauro.

—Gracias.

La joven salió a buscarla. Mauro miró de nuevo la balanza y tuvo que preguntar cuántas mandarinas había pedido la clienta. Ofelia, que terminaba de cortar papel para envolver unos higos, contestó antes que ella.

—Seis. Y las llevamos contando desde hace rato.

Inés regresó poco después con su sobrina. Pasaron delante del puesto, saludaron y siguieron de largo. Mauro las despidió con la mano mientras la clienta se reía.

—Has vendido seis mandarinas y has organizado una reunión familiar —dijo Ofelia.

—Lo segundo no entra en la caja.

El jueves, a la hora de más trabajo, un hombre esperaba a un compañero de ajedrez; una mujer, al técnico que le había prometido mirar un ventilador. Ninguno se conocía. Los dos se quedaron bajo el limón, cada cual mirando hacia un lado.

—¿Recibes encargos? —preguntó el hombre a Mauro, y le mostró un sobre cerrado—. Si él llega antes, se lo das.

—No puedo guardar sobres. Estoy trabajando.

—Entonces, por lo menos, ¿le dices que vuelva a las doce?

Antes de que Mauro respondiera, la mujer le enseñó la pantalla de su teléfono.

—Yo solo necesito que le digas a Óscar que suba al segundo piso cuando aparezca.

—¿Cuál de los dos es Óscar?

—El mío. El del ventilador.

Mauro dejó en suspenso el peso de unas manzanas para escuchar las dos explicaciones. Una señora que llevaba esperando su turno apoyó las manos en el mostrador.

—Yo sí vengo a comprar. ¿Me atiende alguien?

Ofelia ocupó el lugar de Mauro, terminó de pesar las manzanas y cobró. Él seguía mirando a los dos vecinos, intentando recordar qué nombre iba con cada recado. En cuanto llegaron las personas esperadas, las parejas se marcharon sin acercarse a la fruta.

—Voy a quitar el limón —dijo Ofelia mientras cerraba el cajón de las monedas.

—¿Y poner qué? —preguntó Mauro.

—Nada. Un espacio vacío no recibe encargos.

Pero al día siguiente encontró bajo el dibujo a Nora e Iván. Ya se habían citado allí y se estaban enseñando dos listas de compra. Nora necesitaba peras para su casa; Iván, mandarinas para la suya.

—Si vamos a entrar los dos, podemos pedirlo de una vez —dijo Nora.

—Sí, pero que no se mezclen. Mi madre cuenta las mandarinas —respondió Iván.

Ofelia sacó dos bolsas de papel. Pesó las peras en una y las mandarinas en otra. Pegó una etiqueta con el nombre de Nora en la primera y otra con el de Iván en la segunda. Después juntó las asas con una cinta de papel fácil de soltar.

—Así sabemos que son las nuestras. Soltamos la cinta al salir —dijo Nora.

Pagaron, soltaron la cinta y se fueron conversando, cada uno con su bolsa. Mauro los vio alejarse sin haber recibido una sola instrucción.

—Eso sí puedo hacerlo —dijo Ofelia, mirando las dos etiquetas que le quedaban sobre el mostrador.

Cuando la siguiente pareja se encontró bajo el limón y se acercó a pedir fruta, Ofelia preguntó qué necesitaba cada uno. Les preparó dos bolsas con sus nombres y volvió a atender a la persona siguiente.

El limón siguió en su sitio. Los vecinos continuaron quedando debajo de él. Algunos no compraban nada y se marchaban al encontrarse; a otros se les ocurría aprovechar la espera para elegir fruta. Si alguien intentaba dejar un recado, Mauro contestaba que no podía hacerse cargo y volvía a la balanza. A veces tenía que repetirlo dos veces.

Una tarde Ofelia salió a buscar cambio y Mauro, que ya había terminado su turno, se quedó junto al limón esperando a su hermana. No llevaba delantal ni tenía nada en las manos.

Se le acercó una mujer con dos papeles doblados.

—Perdone, ¿usted es el de información?

—No, estoy esperando a mi hermana.

—Ah, entonces conoce el sistema. ¿A quién le dejo un mensaje?